

FUENTES

Rufino de Aquileya: *Historia de los monjes en Egipto*¹ *Historia Monachorum in Aegypto*

Introducción

El texto que aquí se presenta se titula convencionalmente “Historia de los monjes en Egipto” (HM). Muy leído en la Edad Media y a la que, tal vez, podría referirse san Benito en su *Regla*², se habría escrito en griego a fines del siglo IV d.C. y pronto habría sido traducido al latín, así como al siríaco. El texto comprende una colección de relatos sobre padres del desierto visitados por una comitiva de monjes del Monasterio del Monte de los Olivos en Jerusalén. Es un texto que, en su apariencia de sencillez, ha suscitado controversias casi desde el

¹ Introducción, traducción y notas por el Profesor Julián S. D’Avila (Córdoba, Argentina).

² RB 42,3 y 73,5.

momento mismo de su publicación. Aquí aportamos nuestra traducción de la versión latina, versión que en sí misma difiere en algunos puntos del original griego y que, esperamos, el lector podrá comparar. En lo que sigue recorreremos algunos puntos sobre la datación, la veracidad y la autoría del texto, y finalizaremos con algunas palabras sobre nuestra traducción.

El texto mismo da un indicio importante sobre la fecha en la que fue escrito: cuando el narrador habla sobre el primer monje que visitan, Juan de Licópolis, relata que este les predijo que el emperador Teodosio moriría pronto y que, cuando volvieron a Jerusalén, hallaron que las palabras del monje se habían cumplido. Dado que Teodosio falleció en 396 d.C., la obra habría sido escrita en torno a este año.

El autor permanece en el anonimato. En los manuscritos aparecen diversos nombres que los académicos contemporáneos juzgan imposibles, como Paladio, Jerónimo y Timoteo de Alejandría³. La editora del texto latino, Eva Schulz-Flügel, incluso ha concluido que no hay uno sino varios autores, basándose en estudios estilísticos del griego (1990: pp. 8 y ss.). Sin embargo, en un estudio de 2016 sobre el texto griego -que precede a la versión latina-, Andrew Cain desecha esta hipótesis afirmando que sus argumentos son débiles (2016: pp. 44-45). A lo largo

³ La atribución a estos tres autores tiene sus razones -la HM solía escribirse en los manuscritos a continuación de la *Historia Lausiaca* de Paladio, Jerónimo era un autor renombrado a quien se podía atribuir fácilmente una historia anónima sobre monjes, y Timoteo de Alejandría fue el último obispo favorable a los monjes del desierto en la ciudad egipcia-. Un igual número de razones contradice la posibilidad de que ellos hayan escrito el texto: Paladio vivía en Egipto en la década del 390 y el estilo de sus obras es muy distinto del de la HM; Jerónimo es uno de los primeros en cuestionar la veracidad del viaje y Timoteo no dejó ninguna obra escrita (cf. Cain 2016: p. 45 y ss.). Excepcionalmente, un manuscrito latino consigna como autor a Rufino y otro a Postumiano (Schulz-Flügel 1990: pp. 56-57).

del estudio, Cain presenta argumentos a favor de la unidad del texto griego y la habilidad literaria de su autor anónimo⁴.

Una vez más el texto mismo nos da algunas pistas: en el prólogo, el narrador afirma que pertenece al monasterio del Monte de los Olivos de Jerusalén. Según Cain, el monasterio homónimo del monte era el dirigido por Rufino de Aquileya (2016: pp. 42-43). Vale decir, entonces, que el autor del texto griego era del mismo círculo de Rufino. Cain, analizando cuestiones estilísticas, asegura que el lenguaje del texto griego es propio de una persona formada en retórica y propone como autor a un monje llamado Anatolio, quien había sido notario antes de entrar a formar parte del Monasterio del Monte de los Olivos. Esta autoría, de todos modos, no está exenta de dudas⁵.

Cain, tras analizar los motivos para el anonimato del autor⁶, sostiene que este decidió ocultar su nombre como una manera de dar verdadero protagonismo a los personajes sobre los que escribe. De este modo, el sacrificio del anonimato que el autor realiza es una manera suprema de ensalzar a los monjes cuyos hechos relatará, una manera más elevada que las palabras de elogio que les podría dedicar en toda la obra.

⁴ En su prólogo, Cain afirma: “Mi intención con el presente libro es [...] mostrar que el autor anónimo estaba llevando a cabo una agenda literaria y teológica mucho más sutil y variopinta que lo que los académicos han reconocido hasta ahora. Aún más, sostengo que su obra es una de las más innovadoras y sofisticadas de la literatura cristiana de su época y que él, a pesar de su anonimato, merece ser clasificado como uno de los autores patristicos de élite en griego” (p. 11).

⁵ Si bien Cain aduce en su libro pruebas en favor de esta conjetura, al finalizar la presentación de Anatolio afirma: “No quiero llevar la causa de la autoría de Anatolio para la HM demasiado lejos, pero vale la pena considerarla como una posibilidad curiosa y potencialmente promisoría” (2016: p. 49).

⁶ Principalmente el miedo a las críticas y el tratamiento de temas controvertidos. Cf. Cain (2016: pp. 49-52).

Una de las cuestiones quizás más importantes para el lector es si el viaje narrado en la *Historia* tiene sustento real o es solo una forma de ordenar los relatos. Ya en la Antigüedad, san Jerónimo afirmaba que el texto nombraba a muchos anacoretas que nunca existieron y que, si llegaron a tener existencia real, fueron condenados como herejes. Schulz-Flügel considera que el testimonio del santo traductor habla más de su descontento con Rufino que de la obra en sí misma. En efecto, en esa época ambos tomaron partidos distintos en la disputa sobre Orígenes⁷.

De todos modos, es innegable que los relatos siguen el orden de las visitas (reales o supuestas) hechas por la comitiva, comenzando en la Tebaida del sur egipcio y concluyendo en Diolcos, al norte, sobre el delta del Nilo. Basándose en este orden, Cain traza un recorrido posible de los monjes que presenta el viaje como un itinerario factible (2016: pp. 123 y ss.). Ahora bien, debe considerarse que el orden de los capítulos (y de los monjes visitados) en la versión latina es algo diferente del orden griego. Por lo tanto, un lector que solamente conociera la versión latina llegaría a una conclusión muy distinta sobre la base real del viaje. Presentamos a continuación una tabla comparativa del orden de los capítulos y un mapa de la diócesis de Egipto en el siglo IV para su eventual consulta durante la lectura.

⁷ En la epístola a Ctesifonte, san Jerónimo dice: “El cual [Rufino] escribió también un libro como de monjes y en él enumera a muchos que nunca existieron, y de los que escribe que existieron, no hay duda de que fueron condenados por los obispos como origenistas” (“Qui librum quoque scripsit quasi de monachis multosque in eo enumerat, qui numquam fuerunt; et quos fuisse scribit, Origenistas ab episcopis damnatos esse non dubium est”; *Ep.* 133,3, citada por Schulz-Flügel 1990: p. 32). Schulz-Flügel (*ibid.*) y Cain (2016: p. 48), comentan sobre la oposición entre Jerónimo y Rufino en la cuestión de Orígenes.

Versión latina	Versión griega
Prólogo	Prólogo
I – VI	I – VI
VII	VIII
VIII	IX
IX	X
X	XI
XI	XII
XII	VII
XIII	XV
XIV	XVI
XV	XIII
XVI	XIV
XVII – XX	XVII – XX 1-4
XXI	XX 5-6
XXII	XX 7-8
XXIII	XX 9-11
XXIV	XX 12
XXV	XX 13
XXVI	XX 14
XXVII	XX 15-17
XXVIII	XXI
XXIX	XXIII
XXX	XXII
XXXI	XXIV
XXXII	XXV
XXXIII	XXVI
Epílogo	Epílogo

Tabla 1: Correspondencia de capítulos entre las versiones latina y griega.

Fuente: elaboración propia a partir de Schulz-Flügel (1990: 54-67).



Figura 1: Egipto en el siglo IV.

Adaptado de: *De Dioecesis Aegypti 400 AD* (https://commons.wikimedia.org/w/index.php?title=File:Dioecesis_Aegypti_400_AD-es.svg&oldid=788686878).

Otra divergencia llamativa es el título mismo de la obra. Mientras que las versiones latinas se titulan *Vitae patrum* (“Vidas de los padres”)⁸ y suelen añadir un adjetivo como *sanctorum* (“santos”),

⁸ Schulz-Flügel (1990: p. 55 y ss).

heremitarum (“ermitaños”) o *Aegypti monachorum* (“monjes de Egipto”) (cf. Schulz-Flügel 1990: p. 72), las versiones griegas se titulan “Historia de los monjes en Egipto”. Cain (2016: p. 11) sostiene que la palabra “Historia” debe tomarse en su sentido etimológico de “relato de lo visto”. Y es que en distintos pasajes del texto el narrador destaca la importancia del sentido de la vista para conocer con certeza. Ya en el mismo prólogo el autor encomia a los anacoretas diciendo que los vio: “Así pues, vi -y verdaderamente vi- el tesoro de Cristo escondido en vasijas humanas” (HM Pról. 3). En efecto, la obra no sigue una línea de tiempo histórica, sino que en ella la vista es sustento innegable de la veracidad de lo narrado.

Entre los temas recurrentes de la obra el lector hallará el cultivo de las virtudes, particularmente de la humildad, el recurso a una regla de vida, la importancia de examinar la conciencia y su relación con la Eucaristía, la hospitalidad, el trabajo manual y la limosna, entre otros.

Traducciones

Desde hace tiempo se asume que la versión latina es obra de Rufino, basándose en el testimonio ya citado de San Jerónimo. Gracias a Eva Schulz-Flügel contamos con un análisis detallado que aduce ejemplos convincentes de semejanzas de léxico y estilo entre la traducción de la HM y otras traducciones realizadas por Rufino (1990: p. 39 y ss.). Esta traducción, si bien conserva aspectos fundamentales de la obra, se caracteriza por una adaptación del estilo al público lector del latín, a tal punto que Schulz-Flügel considera a Rufino más como editor que como traductor (1990: p. 48). Entre las modificaciones hechas en el texto latino, además del cambio de orden de los capítulos, se observa un incremento de citas y alusiones bíblicas, algunas alusiones a autores

clásicos de la literatura latina como Virgilio, y el añadido de frases y pasajes que reforzarían la postura origenista de Rufino y su intención de difundir en Occidente la vida monástica de Egipto.

En nuestra traducción intentamos respetar el estilo del texto latino en el orden de los elementos, pues el orden de las frases -aunque estén concatenadas- suele seguir el de las ideas. Hemos quitado en muchos casos pronombres superfluos que parecían restar fluidez a la lectura. Sin llegar a comprometer esta fluidez, hemos mantenido algunas construcciones de participio que son frecuentes en el latín de la época y que en español pertenecerían a un registro culto de la lengua. Merece mención el uso de los tiempos verbales. En el texto latino se usan los tiempos del presente para hacer más vívido, en ciertas partes, el relato, mientras que se emplean los pasados en momentos menos dramáticos de la narración. A veces se mezclan ambos tiempos en oraciones contiguas, lo cual en español no solo causaría cierta confusión, sino que se considera una incorrección gramatical. En consecuencia, hemos optado por dar coherencia en lo posible el uso de pasado y de presente, limitando mucho más el uso de este tiempo y reservándolo para los momentos de mayor dramatismo.

Debajo de cada párrafo traducido del latín se presenta la traducción de la parte griega correspondiente. Esta traducción, cuyos autores son Dámaris Romero González e Israel Muñoz Gallarte, fue publicada en España en 2010 por la Asociación de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades y la Excma. Diputación Provincial de Córdoba.

Esperamos que, más allá de todas las vicisitudes del texto en sus versiones griega, latina y castellana, la *Historia Monachorum* sea una lectura provechosa para quienes se acerquen a ella.

Bibliografía

- Anónimo (2010 [ca. 396]): *Historia de los monjes en Egipto. Traducción de Dámaris Romero González e Israel Muñoz Gallarte*. Córdoba, España: Asociación de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades y la Excma. Diputación Provincial de Córdoba.
- Cain, Andrew (2016): *The Greek “Historia monachorum in Aegypto”*. Oxford: Oxford University Press.
- Shulz-Flügel, Eva, editora (1990): *Tyrannius Rufinus. Historia Monachorum sive De vita sanctorum patrum*. Berlín – Nueva York: Walter De Gruyter.

Rufino de Aquileya: *Historia de los monjes en Egipto*⁹

Prólogo

1. Bendito [sea] Dios, *el que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*¹⁰, el que también dirigió nuestro viaje hacia Egipto y nos mostró grandes maravillas que serían de provecho para el recuerdo de la posteridad, en las cuales no solo se originaría para nosotros la causa de salvación, sino también se fundaría una historia salvífica y muy adecuada para la enseñanza de la piedad, que con la fe en las proezas pasadas abra una anchísima senda a quienes quieran emprender el camino de la virtud.

1. Bendito sea Dios *que quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad*, que también nos condujo por Egipto y nos reveló las grandezas y maravillas dignas de recordarse y escribirse, quien nos dio el fundamento de la salvación y el conocimiento para los que quieren salvarse, ejemplo de

⁹ La versión en castellano del texto griego de la *Historia monachorum*, que colocamos en letra más pequeña debajo del texto de Rufino, la tomamos de la traducción realizada por Dámaris Romero González e Israel Muñoz Gallarte, publicada bajo el título: *Historia de los monjes egipcios*, Córdoba (España), Diputación Provincial de Córdoba Delegación de Cultura - Asociación de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades, 2010, pp. 41 ss., que en adelante abreviamos con la sigla Hist.Mon.

¹⁰ 1 Tm 2,4.

vida recta y guía apropiada, capaz de despertar la piedad en el alma y bello monumento del comportamiento virtuoso.

2. Aunque no seamos idóneos para la narración de cosas tan grandes y no parezca digno que los autores insignificantes y pequeños lo sean de asuntos enormes ni que narren muy elevadas virtudes con un discurso humilde, aún así, puesto que la caridad de los hermanos que habitan en el santo Monte de los Olivos nos ha solicitado con frecuencia que exponamos la vida de los monjes egipcios, las virtudes del alma, el cultivo de la piedad y el vigor de la abstinencia que presenciamos en ellos, yo, creyendo que debo acceder a los ruegos de quienes mandan esto, comenzaré, no buscando tanto la alabanza por el estilo sino más bien esperando la edificación futura a partir del relato de los hechos para los lectores, mientras cada uno, inflamado por los ejemplos de las proezas, es invitado a aborrecer las seducciones del mundo y a buscar el reposo y los ejercicios de piedad¹¹.

2. Yo soy indigno de iniciar semejante narración, por no ser apropiado que los hombres insignificantes se apoderen de los grandes pensamientos, ni revelen las verdades de aquéllos que son merecidamente capaces y, por supuesto, [por no ser apropiado] que se atrevan a consignar por escrito ese asunto y a enseñar los misterios con palabras modestas. En efecto, esto es, con mucho, presuntuoso y peligroso para nosotros que somos muy humildes. También soy indigno de ser el primero en abordar ese pensamiento excelso a través de las letras. Sin embargo, puesto que la piadosa comunidad de los habitantes del santo Monte de los Olivos me solicitó que les describiera las formas de vida de los monjes

¹¹ Cf. 1 Tm 6,11.

egipcios –las cuales he visto–, su gran amor y su gran ascesis, yo me atreví, profundamente confiado por sus súplicas, a dirigir mi atención a ese relato, para que también me aproveche [yo] de su utilidad, imitando su forma de vida, su retiro absoluto del mundo y su vida tranquila por medio de la perseverancia en las virtudes, las cuales [ellos] conservan hasta su muerte.

3. Así pues, vi –y verdaderamente vi– el tesoro de Cristo escondido en vasijas humanas¹² y no quise ocultar como un envidioso este tesoro encontrado, sino presentarlo en público y hacerlo común, como hallado para muchos, seguro de que, cuanto más se enriquezcan con él, tanto más ganaré para mí. En efecto, yo me haré más rico a medida que se busque la salvación de otros con el producto de mi ministerio.

3. Pues en verdad vi *el tesoro* de Dios oculto *en vasijas humanas*, lo cual no quería dejar escondido, tras haber revelado la utilidad que ese tesoro tiene para muchos, sino convertirlo en beneficio común, una vez que consideré que esto sería una buena ganancia: hacer partícipes a los hermanos de su provecho, a fin de que pidan por mi salvación.

4. Así pues, en el inicio de nuestra narración rogamos que nos asista la gracia de nuestro Señor Jesucristo, por cuyo poder se mantienen todos estos ejercicios de piedad entre los monjes egipcios.

4. Comenzaré este escrito, después de la venida de nuestro Salvador Jesucristo, sobre cómo, siguiendo sus enseñanzas, los monjes egipcios observaban sus propias formas de vida.

¹² Cf. Mt 13,44; Col 2,3; 2 Co 4,7.

5. En efecto, vimos entre ellos a muchos padres que llevaban una vida celestial aun puestos en la tierra y a algunos nuevos *profetas suscitados*¹³ tanto por las virtudes del alma como por el servicio de predecir, a quienes no les faltaba para el testimonio de los méritos la eficacia ni de los signos ni de los prodigios, y con razón: pues, ¿cómo estos, que no desean nada terrenal, nada carnal, no recibirán el poder de los [seres] celestiales?

5. En efecto, allí vi a muchos padres viviendo una vida angélica, caminando a imitación de nuestro Dios Salvador, y [vi también] a algunos otros nuevos profetas, que, según la forma de vida inspirada por aquéllos, maravillosa y perfecta, poseían un poder semejante al de Dios. De esta manera, se trataba de auténticos servidores de Dios, que no pensaban en nada terrenal ni esperaban nada de estas cosas temporales, sino que, viviendo de este modo sobre la tierra, verdaderamente *llevaban su vida en los cielos* (Flp 3,20).

6. Pues vimos a algunos de ellos tan purificados de todo pensamiento y sospecha de maldad que ni siquiera recordaban si se hacía algún mal todavía en el mundo. Tenían tanta tranquilidad de ánimo y en ellos había crecido tanto sentimiento de bondad que con razón se habría dicho de ellos: *mucha paz a quienes aman tu nombre*¹⁴.

6. Pues algunos de ellos ni siquiera creen que exista otro mundo sobre la tierra, ni que el mal es un ciudadano en los pueblos, sino que realmente *hay mucha paz para los que aman la ley*, como dice el Señor Creador de todo. En efecto,

¹³ Cf. Dt 18,18.

¹⁴ Sal 118 (119),165.

la mayoría de ellos se extrañan cuando oyen las cosas del mundo, puesto que se sienten extranjeros completamente de las preocupaciones terrenales.

7. Así, habitan dispersos por el desierto y apartados por celditas, pero unidos por la caridad. Son separados por habitáculos para que ninguna voz ni ningún encuentro o ninguna conversación ociosa perturbe el reposo de su silencio y la intención de la mente que busca lo divino.

7. Es posible verlos diseminados en el desierto, aguardando a Cristo igual que los hijos legítimos a su padre, como cualquier ejército espera a su soberano o como una respetable servidumbre a su señor y libertador. No se inquietan ni se preocupan por el vestido y la comida, sino únicamente por la sola espera de la venida de Cristo, mientras cantan himnos.

8. De este modo, cada uno, con los ánimos atentos en su lugar, espera la llegada de Cristo como la de un buen padre, o como un soldado preparado en el campamento [espera] la presencia del general, o como los siervos fieles esperan pacientemente al señor que llega para concederles a la vez la libertad y los dones. Entonces ninguno de ellos carga preocupación alguna por la comida, la vestimenta o alguna de estas [cosas]¹⁵. En efecto, saben que, como está escrito, *los paganos piensan en todo esto*¹⁶. Ellos, en cambio, *buscan la justicia y el reino de Dios*, y todas estas cosas *les son añadidas*¹⁷ según la promesa del Salvador. Finalmente, muchos de ellos, si en algún caso echaran en falta lo necesario para el sustento del cuerpo, no vueltos hacia los

¹⁵ Cf. Mt 6,25.

¹⁶ Mt 6,32.

¹⁷ Mt 6,33; cf Mt 7,8.

refugios humanos sino hacia Dios, y pidiéndoselo como a un padre, consiguen lo que hayan pedido¹⁸.

8. Así pues, cuando alguno de ellos carece de las necesidades básicas, no va en busca de ciudad, ni aldea, ni hermano, ni amigo, ni pariente, ni padres, ni hijos, ni criados para procurarse de ellos lo necesario, sino que les basta su sola voluntad, pues con extender los brazos en súplica y ofrecer de sus labios las oraciones de gracias a Dios, todas estas cosas les son provistas de manera extraordinaria.

9. En efecto, en ellos hay una fe tan grande que puede ordenar a los montes que se trasladen¹⁹. De aquí que algunos incluso detuvieron con [sus] oraciones aluviones del río lanzados a la destrucción de las regiones vecinas; avanzando a pie, atravesaron las profundidades de esa corriente y mataron sus enormes bestias y realizaron muchos e innumerables signos que habían sido hechos antiguamente por los profetas y apóstoles, de modo que no debe dudarse de que el mundo aún está en pie por sus méritos.

9. ¿Y qué necesidad hay de extenderse sobre su fe en Cristo, capaz hasta de mover montañas? Pues muchos de ellos incluso han detenido las corrientes de los ríos, han caminado sobre el Nilo, han matado fieras y han realizado curaciones, prodigios y milagros, como hacían los santos profetas y apóstoles. Así, el Señor obró maravillas a través de ellos y es evidente para todos los egipcios que, gracias a ellos, el mundo se ha sostenido y que, con su ayuda, la raza humana se ha mantenido al lado de Dios y ha sido honrada.

¹⁸ Cf. Mt 21,22 y Jn 14,12-14.

¹⁹ Cf. Mt 17,19; 21,21; Mc 11,23; 1 Co 13,2; Sal 45 (46),3.

10. Pero es muy admirable esto: que, aunque todo lo óptimo siempre es escaso y difícil, en ellos lo uno y lo otro se han dado juntamente, de modo que son inmensos en número e incomparables en virtud.

10. También vi en los desiertos y en los campos otra muchedumbre innumerable de monjes de todas las edades, incontable, tan numerosa que un soberano terrenal no podría reunirlos en su ejército. Pues no hay aldea, ni ciudad en Egipto y en la Tebaida, que no haya sido rodeada con monasterios, lo mismo que con muros, y el pueblo se apoya en sus súplicas al igual que en Dios.

11. En efecto, algunos están en lugares suburbanos, otros por los campos, pero [los que están] dispersos por el desierto [son] numerosos y egregios, y como un ejército celestial que habita en los tabernáculos dispuesto para la batalla, siempre aplicado a la obediencia de las órdenes del Rey, luchando con las armas de las oraciones y protegido del enemigo que asecha por el escudo de la fe²⁰, se gana el reino celestial²¹. Así pues, son honrados en sus costumbres, calmos, suaves, tranquilos y [están] atados por los vínculos de la caridad²² como por cierta hermandad. Mas practican una enorme competencia y luchas [dirigidas] a la emulación de las virtudes. En efecto, cada uno se esfuerza por ser hallado más clemente, más humilde²³, más benigno y más paciente que el otro. En cambio, si alguno fuera más sabio que los demás, este se muestra tan común y mediocre para con todos que

²⁰ Cf. Ef 6,16.

²¹ Cf. Mt 6,33. En el texto falta el final de la comparación: el ejército se gana el reino celestial y, por lo tanto, los monjes que se le asemejan también lo ganan.

²² Cf. Col 3,14.

²³ Cf. Flp 2,3.

*parece ser, según el mandamiento del Señor, de todos el menor y de todos el esclavo*²⁴.

11. Unos en las cuevas de los desiertos y otros en los lugares más lejanos, todos muestran, con la mayor rivalidad posible entre ellos, su maravillosa ascesis por todas partes: los que están lejos de las ciudades, ocupándose de que ningún otro les supere en las acciones virtuosas; los que están cerca, ocupándose de que no se les estime en menos que los que están más lejos, puesto que el mal les molesta por todas partes.

12. De este modo, ya que por don de Dios me ha sido concedido no solo verlos sino también participar de su modo de vida, intentaré ahora mismo relatar de cada uno lo que el Señor haga retornar a [mi] memoria, de modo que también quienes no los vieron en persona, aprendiendo sus obras y recogiendo la vida perfecta con el indicio de la lectura, sean invitados a la emulación del santo trabajo y busquen la palma de la paciencia perfecta.

12. Por esto, después de conseguir mucho beneficio de ellos, abordé el tema de este relato, por una parte, para admiración y recuerdo de los perfectos; por otra, para edificación y provecho de los que comienzan a ejercitarse en la ascesis.

13. Así pues, si Dios quiere, iniciaré este relato describiendo la forma de vida de los santos y grandes padres, esto es, cómo el Salvador sigue ahora produciendo a través de ellos las obras que ejecutó por medio de los profetas y apóstoles. *Pues el Señor es el mismo ahora y hacedor de todo en todos*²⁵.

²⁴ Mc 9,34; Mt 23,11.

²⁵ Cf. Hb 13,8; 1 Co 12,6.